



Transgenero de piratas*

La botija del pirata en pena, atormentado por las muertes, saqueos e incendios de Maracaibo en 1642 contribuyó a que los habitantes, de mi casa, abrieran varios huecos al pie de los árboles que sombreaban el patio para abandonarlos, después, con la tierna carne de sus raíces al descubierto. Así vimos secar al viejo flamboyant que, por muchos años, alfombrara nuestra área de juegos. La codicia no dejaba dormir a cultos ni a ignorantes. Nadie parecía escapar del primitivo impulso por excavar, no importaba dónde, hasta llegar a poner en peligro los mismos cimientos de la casa. La búsqueda del tesoro enterrado los llevó a restringir las excavaciones sólo hasta ciertos puntos del patio pues, mi madre, decepcionada por el fracaso de aquellas limitadas excursiones, detuvo los trabajos de abrir zanjas y huecos en el piso prohibiendo, además, que se volviera a mencionar el entierro. Sólo así, el ritmo de la vida familiar volvió a su normalidad y con ello, el paulatino olvido del ladino que una vez escondiera, a espaldas de sus compañeros de fechorías, las morocotas y crucifijos de oro que habían robado durante el saqueo y destrucción de aldeas.

Cuentan que aquella botija, en el supuesto caso de existir, formó parte del botín que acumulara el pirata L'Olonnais cuando saqueó, por segunda vez, a Maracaibo. La leyenda de los piratas sembró de imaginación el laberinto de mi infancia. Lo que está aparentemente oculto pertenece a la memoria primordial y al sueño de las pasadas generaciones desenterradas, sin piedad, por la historia de la genealogía de nuestros pueblos. Aquella estafalaria visión del hombre panzudo y manco, acompañado por la figura del flaco y tuerto, formaron parte de la galería de fantasmas. Antes de zarpar, la Corte le entregaba el título de Capitán pero, en el mar, el pirata debía medirse como el más sanguinario. Estas demostraciones de ferocidad y patología criminal fueron aplaudidas y premiadas por los reyes de Inglaterra como enemigos de España. Con el botín que obtenían del atraco a barcos españoles, los piratas llenaban el fondo del buque negro y partían desplegando sus velas cual abiertas alas del pajarraco de la muerte. La piratería, especie de terrorismo marino organizado, fue creada por los ingleses. Fue por eso que nombres tan sonados como Drake, Morgan, Teach o Mings revelaran la piratería sajona y puertos como el de la Habana, Cartagena, La Vela, Cumarebo y Maracaibo, indicaron los lugares de asalto y escondite.

*/ De *Relatos de la calle Aurora*.

La semilla de los primeros piratas viajó por barco hasta desembarcar, protegida, en las costas norteamericanas hasta echar profundas raíces, en los estados del sur, particularmente en Texas. Siglos después, encontramos apellidos de origen sajón, irlandés, francés y hasta chino como herederos de aquel desajuste personificado del pillaje. Aquellos mapas, jeroglíficos de la ambición dibujada por los antiguos piratas e incrustada en la memoria de los nuevos saqueadores, despertaron la sed del oro negro, de ese mene pegajoso y horrible, cagaruta del mismo diablo.

Los retro-piratas de estos últimos años, arribaron, tranquilamente, en el lobby de algún hotel cinco estrellas, disfrazados de inversionistas y dispuestos a cualquier tipo de abordaje. En las fluorescentes pantallas de sus lap-top se dibujaron las rutas que debían tomar ante la nueva estrategia bursátil. La fábula se tragó los rituales iniciáticos de Occidente y por más de tres siglos, los enloquecidos buscadores del oro amarillo primero y del oro negro después, invirtieron dinero, esfuerzo y vida en el rastreo de lugares donde los viejos terroristas marinos, ocultaron el monto de sus fechorías pero sin la agilidad que requieren, hoy día, los que movilizan millones de dólares en los bancos de Tokio y de Miami.

Las leyendas de piratas se convirtieron en verdaderas delicias para mi afiebrada persecución de imágenes, tan flotantes y erráticas, como esos áridos islotes en el universo mental de mi infancia o en el sistema solar de cierta literatura, creada a fuerza de sueños. Henry Morgan, por ejemplo, el temido pirata del Caribe, se hizo famoso por colgar del pulgar a sus enemigos, incrustarles tizones encendidos en las uñas y burlar el acecho de las flotas españolas. Varias veces saqueó a Maracaibo enfilando la proa de sus barcos hacia el lago, entrando en la ciudad a tambor batiente e incendiándola. Desenterró tesoros y acampó durante un mes en la ciudad vejada. Los barcos estaban repletos de oro y plata cuando trataron de zarpar hacia Jamaica pero la historia cuenta que, los españoles, les impidieron la salida del golfo. Contando con su innata astucia, Morgan logró cargar de explosivos un brulote para despacharlo, a escondidas, como si estuviera dispuesto al abordaje. De esta manera, convirtió la entrada al lago en un verdadero infierno y regresó a Jamaica con todo el oro y la plata que se habían robado. Los historiadores cuentan que el gobernador de la isla le otorgó unas tierras en recompensa por el triunfo y Morgan, de perro de mar que era, pasó a convertirse en un faldero "honesto y respetable hacendado" hasta el mismo día de su muerte.

¿Qué hay de extraño en todo esto? ¿Acaso no aceptamos, desvergonzadamente, el inmerecido aplauso, el otorgamiento de medallas al mérito, llaves, bandas, cargos ministeriales, embajadas y un sin número de premios y honores a los protagonistas del desastre, del robo, de la corrupción, del peculado y viles actos?

La huella de estos piratas se perdió en la arena de las playas desoladas. Prevenidos ante el asedio del futuro, a estos personajes del pasado no les quedó otra opción que dibujar el lugar donde escondieron los cofres y arcones, sin pensar, en los devastadores efectos de la erosión, la remoción de arena o los ciclones. El tiempo se encargó, entonces, de borrar la débil memoria mientras la fiebre del petróleo parece haberse desatado de nuevo; y los campos inactivos se preparan, de nuevo, para recibir la zamurada aunque saquear lo saqueado no sea lo mismo que descubrir lo escondido.

Mi encuentro con los piratas no fue producto de películas hollywoodenses sino por ese aire misterioso que envuelve, por las noches, los torreones de la plaza Ojeda, el Castillo de San Carlos o las ruinas de la fortaleza donde algún cañón asoma su boca negra y continua apuntando, amenazadoramente, al horizonte. Después, vinieron las lecturas y con ellas el desparramo de una crónica a medio pelo que escribí, para una revista local. Fue así como logré conocer a el Indiana Jones maracucho.

La piratería fue el hilo que condujo al joven arqueólogo por el laberinto tortuoso del pasado, apoyándose, sin escrúpulos, en la imaginería febril de un ex-sargento de la Guardia Nacional. El joven me recibió en su casa y me mostró los antiguos planos dibujados por el espíritu del pirata en pena, condenado a vagar como el holandés errante pero en un mar de pe-

tróleo y tierra. Aquellos trazos, que indicaban la topografía del lugar donde se encontraba el entierro, me parecieron demasiado rudimentarios, inexactos, volátiles. Se requeriría de la pericia de un iniciado en fórmulas esotéricas, escritas sobre el cuero cuarteado de un animal pues, descifrarlos, se hizo cada vez más difícil por la incursión de apariciones, espíritus o fantasmas en el relato. El trenzado memorial de otros tiempos me llevó a buscar, en la mismísima tradición oral, el origen de los mapas que el apuesto arqueólogo desplegaba ante mis ojos y fue entonces, cuando escuché la historia de una mujer que respondía al nombre de Catalina Negrón. En el año 1925, ella había logrado desenterrar un cofre repleto de barras de oro, morocotas, joyas y dos espaditas de oro. El hallazgo se realizó gracias a las indicaciones que le diera un muerto para que excavara, en los cimientos de su propia casa. En el fondo del cofre se encontraban, también, los mapas y documentos de la época de los piratas. Por diversas circunstancias, inexplicables todas para la razón y la lógica, Catalina fue la confidente de aquél ser del más allá. Cuentan que el fantasma que se le apareció a Catalina, era el espíritu de Klee Santer, un inglés condenado a vagar sin descanso hasta que se encontrara el botín que había escondido. El espíritu del pirata llegó a poner en peligro la honra y fidelidad de Catalina cuando, su esposo, la sorprendió hablando en el cuarto con "el extraño". Ofuscado por los celos, el marido corrió por su machete para darle muerte a la atribulada Catalina, pero no logró asestar ningún golpe pues, de alguna parte, venía una fuerza poderosa que luchaba contra él. Con el machete en alto, Catalina lo vio caer varias veces contra el piso, enfrascado en una pelea a muerte con la sombra, tasajeando al aire y al vacío. Agotado y exhausto por aquella lucha inmaterial, el pobre hombre se dejó caer sobre la cama, entregado al letargo del abúlico, del que ya no quiere nada, del vencido. Ella aprovechó el momento para relatar, con voz llorosa, la historia del cofre escondido y el secreto que le revelara el fantasma. La ambición del marido y la aparente prueba de fidelidad que le otorgaba su mujer, se conjugaron felizmente para llevar a cabo, la afanosa búsqueda del botín. La posibilidad de enriquecerse lo hizo olvidar cualquier afrenta. Y encontraron el tesoro para satisfacción de ambos. El marido se quedó con las morocotas de oro y las joyas. Ella, en cambio, prefirió los documentos y los mapas. Él, se armó con lo tangible, con todo lo que brillara ante sus ojos; y ella, con el registro y preservación de otros arcones. Después, los mapas estuvieron en poder de otras personas hasta que llegaron, finalmente, a las del joven que emprendería la cruzada liberadora. Me aseguró que si la nación se dispusiera a emprender el rescate de aquellos tesoros, la riqueza sería suficiente para pagar toda la deuda externa. Sin embargo, pocos creen que la industria permita la expedición, la exploración y la excavación en terrenos de campos petroleros activos. ¿Nos quedaremos con esos mapas de piratas guardados en una caja fuerte, convertidos en patrimonio nacional, congelados en el laberinto nemotécnico de la nueva red, *breaking windows* y protestando la comunicación global hasta llegar al silencio? Mientras, nuestros mejores hombres bajan la cabeza, hunden su barbilla en el pecho y esperan que los nuevos saqueadores hagan su aparición, atraídos por el poder que tiene el curso del recurso. Allá está el botín, entre cardones y tunas, entre ríos secos y pedregales, en lagos cuaternarios y fajas orinoquencas. Y aquí estamos nosotros, venezolanos al fin, con las piernas y los brazos abiertos, satisfechos con nuestros mapas indescifrables y documentos incomprensibles mientras, los otros, aquellos, los más vivos, se quedan con lo tangible, con lo que se ve y se toca, con las morocotas de oro de aquél condenado pirata inglés.